

ESPACIOS Y CARACTERES

Memorias de un hampón electoral

Flavio González Mello

► Durante los primeros meses de 1988 trabajé en un distrito de la Ciudad de México como asistente electoral, una figura muy cuestionada por la prensa y los partidos de oposición de aquel entonces, quienes nos bautizaron como “hampones electorales”. Un amigo me platicó las increíbles condiciones de su nuevo trabajo, al que sólo era necesario ir un par de tardes a la semana, en los horarios que a él le convinieran; ante mi interés, me dijo que todavía estaban reclutando gente, y se ofreció a conseguirme una entrevista. La tarde siguiente acudí a la oficina del Presidente del Comité Distrital, un veterano maestro normalista que estaba afiliado al PRI desde su juventud y era gran admirador de Cárdenas (el padre). El Profesor confirmó el halagüeño cuadro que me había pintado mi amigo: mis responsabilidades consistirían fundamentalmente en llevarle sus nombramientos a los funcionarios y anfitriones de un puñado de casillas. Las secciones del distrito habían sido divididas entre la veintena de asistentes, y a cada uno le tocaban ocho; contando a los suplentes y a los dueños de las casas, en total yo tendría que entregar setenta y dos nombramientos: una cantidad que parecía más que razonable, teniendo en cuenta que estábamos en febrero y faltaban cinco meses para la elección. La paga no era espectacular, pero yo en ese momento no podía imaginar otro empleo donde gozara de horarios tan flexibles y una carga de trabajo tan liviana. Al final de la entrevista, el Profesor me preguntó si tenía preferencia por algún partido. Yo, a mi vez, le reviré preguntando si mi respuesta era indispensable para obtener el trabajo. Tras una pausa, me dijo que no: que por supuesto, el voto era libre y secreto; pero su mirada me dió a entender que hubiera preferido escuchar algo

diferente. De cualquier modo, fui contratado.

La mayoría de los funcionarios y empleados que trabajaban en el Distrito Electoral se conocían de elecciones anteriores. En el aún intacto sistema de partido de Estado era inimaginable un instituto electoral independiente, como el actual; la CFE (Comisión Federal Electoral) dependía directamente de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular presidía las sesiones, y todo el aparato burocrático se ponía a disposición de dicho órgano para la organización de las elecciones. Así que para ocupar los cargos en los comités distritales se echaba mano de servidores públicos, a quienes sus centros de trabajo estaban obligados a darles licencia durante los meses que durara la organización de los comicios. Recibir un nombramiento como funcionario de distrito o asistente electoral era un privilegio para cualquier empleado de gobierno, pues, con una carga de trabajo como la que he descrito, equivalía a irse de vacaciones cada tres años (una especie de sabático para burócratas). Además, todo el tiempo que duraba su comisión seguían percibiendo los salarios de su puesto original, a los que se agregaba la gratificación con que cada quincena eran remunerados sus servicios en pro de la fiesta de la democracia. Ante semejantes prebendas, quienes ya habían sido comisionados antes se cercioraban de que sus jefes los volvieran a llamar cada tres años.

En el distrito donde fui contratado predominaban los trabajadores de Canal 13, en esa época todavía bajo control estatal. Mi jefe inmediato era el Sr. Gaytán, un camarógrafo cincuentón, calvo y huesudo, que por ser el decano de los asistentes electorales tenía a su cargo coordinarnos a todos los demás. A él acudíamos para que nos asesorara sobre la manera de resolver los problemas más comunes en la conformación de las mesas directivas de casilla, que casi siempre derivaban de la escasa confiabilidad del padrón electoral. En efecto, un montón de gente cuyo nombre había sido seleccionado mediante un proceso de insaculación en realidad ya no vivía, o nunca había vivido en ese domicilio. Con cierta frecuencia, también, nos enterábamos de que las personas requeridas habían fallecido, algunas más de

una década atrás. No faltaba la ocasión en que una viuda reciente, un marido abandonado o el padre de una quinceañera casada al vapor descargaran en nosotros el enojo que los embargaba. Y luego estaban los que no podían —o no querían pero decían que no podían— debido a que algún impostergable viaje de trabajo les impediría estar al pie de la casilla el día de la elección. Ante casos así, el Sr. Gaytán nos iluminaba con su sabiduría de viejo lobo electoral:

—No nomás te pueden decir que no y ya. Es su obligación cons-ti-tu-cio-nal —sentenciaba con golpeado sonsonete echeverriísta, que ya entonces resultaba anacrónico—. Cuando alguien te diga que no puede cumplir con su deber ciudadano, tú pídele que te explique por qué causa, motivo o razón suficiente.

—¿No son la misma cosa?

—¡No, cómo! “Causa” es lo que les impide participar; “motivo” se refiere a por qué no pueden hacerlo; y “razón” es todo aquello que justifica su negativa.

—¿Y si no tienen ninguna de las tres? ¿Se les puede obligar a que cumplan con su nombramiento?

—¡Es su obligación! Pero... si de plano se niegan... pues me dices, para que yo te busque otro nombre en la lista de los insaculados.

Con cierta frecuencia hubo que echar mano de este procedimiento. Las primeras veces, el Sr. Gaytán se metía a su oficina, donde supuestamente consultaba la dichosa lista de los insaculados, y minutos después salía con el nombre y los datos del funcionario sustituto, los cuales le pasaba a alguna de las secretarías para que mecanografiara el nombramiento. Como en ocasiones tampoco éste aparecía, yo regresaba con mi preceptor para pedirle un tercero, cuarto y hasta quinto nombres. Después de un par de intentos fallidos, el Sr. Gaytán solía regresar con un tambache de papeles llenos de nombres; no se trataba de los insaculados del padrón, sino de los ciudadanos que habían participado como funcionarios de casilla de elecciones anteriores, y cuyos caducos nombramientos habían sido atesorados por mi jefe precisamente para estas ocasiones.

—Les cambias la fecha y se los llevas, diciéndoles que nos da mucho gusto anunciarles que han sido seleccionados nuevamente para recibir la alta responsabilidad de llevar a cabo los comicios presidenciales.

Por supuesto, nunca le dije eso a ninguno de los muchos funcionarios reciclados, que solían recibir la notificación con la misma alegría que si se hubiera tratado de un requerimiento de Hacienda.

Entre los funcionarios de casilla había de todo. Algunos simplemente no querían saber nada de nosotros y nos cerraban la puerta en las narices con un:

—Lo siento, yo no me voy a prestar a sus fraudes y cochinas.

Otros, que también nos identificaban como emisarios del PRI, nos abrían su casa de par en par y nos prodigaban un trato servicial y lisonjero, no exento de un cierto temor reverencial: como si junto con el nombramiento les fuéramos a llevar los servicios urbanos tantas veces prometidos o, simplemente, un pedacito del gran poder priísta que les permitiría hacerse respetar en su colonia, pues a fin de cuentas habían sido designados por “los de allá arriba”. A veces parecían desconcertados de que no se les pidiera hacer ninguna maniobra fraudulenta.

Yo nunca recibí de mis jefes ninguna sugerencia de hacer proselitismo a favor del partido oficial, pero al interior del Comité pude atestiguar diversas demostraciones de adhesión al PRI, que la mayoría de los empleados y funcionarios veían como algo inocuo y natural. Las más descaradas ocurrían durante las sesiones del Comité, que al principio se celebraban a razón de una por mes. Desde primera hora el Sr. Gaytán desplegaba una inusual actividad, preparando vasos, hielos, botanas; a los representantes de los partidos que iban llegando, sin embargo, no les ofrecía nada de esto. Aún cuando la hora de la cita hubiera sido rebasada y la totalidad de los representantes de los partidos opositores se hallaran presentes, la sesión no daba comienzo sino hasta que (generalmente con un considerable retraso) llegaba el enviado del PRI —un licenciado gordo y sesentón, con cara de pescado japonés. El Sr. Gaytán, que llevaba rato atisbando con nerviosismo la entrada, salía a toda velocidad para abrirle la cochera y regresaba escoltándolo con una zalamería impermeable a cualquier gota de pudor. Le decía, acomodándole la silla:

—Le tengo preparada su botella, ¿eh?

Y corría a la cocina, de donde traía una de Chivas Regal con la que se dedicaba a rellenarle el vaso durante toda la sesión, mientras el resto de los presentes se tenía que conformar con agua o refresco.

Claro que el trato inequitativo no se limitaba al servicio de bar. En aquella época todavía no existían los consejeros autónomos, por lo que el Comité, a imagen y semejanza de la CFE, estaba conformado por el presidente (que tenía voto de calidad) y el secretario, ambos nombrados por el gobierno, así como por los representantes de cada uno de los

partidos, que eran los que votaban las resoluciones. Pero resulta que, según la legislación vigente en aquel entonces, cada representante tenía una cantidad de votos proporcional a los resultados obtenidos por su partido en la última elección; de modo que mientras los de oposición debatían las propuestas y esgrimían argumentos y formulaban todo tipo de acusaciones contra el PRI, el representante de dicho partido guardaba un silencio socarrón, dedicándose a disminuir el nivel del Chivas que iba poniéndole los ojos, además de saltones, vidriosos. Llegado el momento de la votación, el secretario pedía que levantaran la mano los que estuvieran a favor de, digamos, implementar una serie de candados para impedir la posibilidad de una manipulación de los resultados: todos los representantes de la oposición levantaban la mano, en lo que daba la impresión de ser una abrumadora mayoría. Acto seguido, pedía los votos en contra; el representante del PRI era el único en levantar su mano pecosa y regordeta.

—Se descarta por mayoría.

Y no había apelación posible.

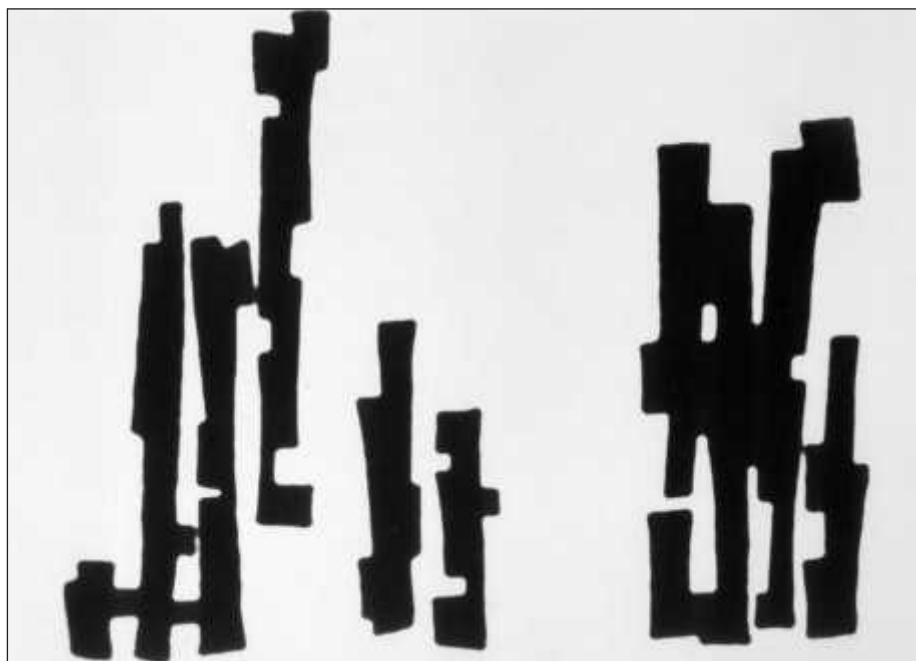
Conforme se acercaban los comicios, las cosas empezaron a ponerse un tanto tensas. En el lapso de unas cuantas semanas, el neocardenismo pasó de ser la novedad de un puñado de partidos tradicionalmente alineados al gobierno, a convertirse en un movimiento de inusitada presencia nacional. Actos de adhesión en todo el país, y un par de llenos al Zócalo, hacían esperar que, por primera vez en años, la elección se convertiría en algo más que un mero trámite legal; todos daban por hecho que el PRI echaría mano de su arsenal de operaciones fraudulentas para acabar

con las expectativas levantadas por sus adversarios.

Un día llegaron las boletas electorales, custodiadas por docenas de soldados; y con ellas, también los problemas derivados del delicado manejo de la papelería electoral. Primero fue el faltante de algo así como veinte mil boletas que supuestamente formaban parte del envío; pero como nadie había contado los paquetes al llegar, era imposible determinar si éstas efectivamente habían sido recibidas, o si la carga ya venía mermada desde el Comité Estatal. En la siguiente reunión del Comité Distrital, los representantes de los partidos de oposición intentaron convertirse en investigadores para determinar si los militares que tenían a su cargo la vigilancia de las boletas habían permitido la sustracción. Pese a los argumentos del presidente, que advertía que el Comité no tenía ningún poder sobre los militares que estaban ahí acuartelados, se sometió a votación un punto de acuerdo que ordenaba la comparecencia del oficial a cargo, y fue aprobado por mayoría: el representante del PRI se abstuvo de levantar la mano. El

Profesor mandó decirle al oficial que fuera tan amable de bajar un momento. Minutos después, se presentó ante el pleno un joven y fornido oficial con gesto somnoliento, y comenzó a ser interrogado por los representantes de los partidos, sobre todo los de izquierda, quienes pretendían que les dijera su nombre, grado, la identidad de su superior inmediato... solicitudes a las que el otro, en posición de firmes y con gesto hierático, invariablemente respondía que “no estaba autorizado para brindar esa información a ningún cuerpo o autoridad civil”. Y de ahí no lograron sacarlo, para enojo de sus impotentes fiscales y evidente satisfacción del representante del PRI, quien whisky en mano sonreía ante la ingenuidad de sus adversarios.

A los representantes de oposición sólo les quedó impulsar un acuerdo para que —nunca es tarde— se contaran una por una todas las boletas y de este modo se tuviera una relación exacta de la cantidad con que en ese momento se contaba en el Distrito. De la noche a la mañana, las oficinas del Comité se llenaron de gente: además de los soldados, ahora



también acudían los otros asistentes electorales, que hasta entonces no se habían aparecido nunca, excepto los días de pago. Todas las tardes, de cuatro a nueve, contábamos seis tipos distintos de boletas hasta haber acumulado el número exacto de votantes registrados en cada una de las casillas bajo nuestra responsabilidad; esto bajo la aburrida mirada de los soldados que se turnaban para vigilarnos. Su oficial, en cambio, se quedaba en la terraza leyendo muy embebido un grueso libro, cuyo título espíe en cierta ocasión: se trataba nada menos que de *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa.

Faltando unos cuantos días para la elección, estalló la desbandada. No sé si la renuncia en masa de algo así como el 80% de los asistentes electorales del Distrito fue motivada por la nueva resolución del Comité, que ordenaba ponerle un sello a cada una de las miles de boletas que acabábamos de inventariar, o si la deserción estaba prevista desde un principio (lo cual explicaría por qué durante todos esos meses la mayoría de ellos no había intentado siquiera dejar bajo la puerta de sus destinatarios los nombramientos de las casillas que les tocaba organizar); el caso es que quienes habíamos trabajado con alguna constancia y a esas alturas teníamos completas nuestras mesas directivas, y todavía nos preguntábamos cómo le harían los otros para armar en dos semanas lo que a nosotros nos había costado meses, tuvimos la respuesta que nuestra inocencia merecía cuando el Profesor nos reunió para ordenarnos que nos repartiéramos las casillas abandonadas por los renunciantes, y nos las ingeniáramos para conseguirles techo y funcionarios.

Finalmente llegó el día de la elección, en un ambiente enrarecido por el asesinato, la víspera, de Ovando y Gil, los colaboradores de Cárdenas en materia de informática electoral. Una vez supervisada la instalación de todas las casillas que me tocaba auxiliar, regresé al Comité, que se había declarado en sesión permanente. Durante las primeras horas desfilaron toda clase de impugnaciones; como en otros momentos del proceso, muchas de las irregularidades denunciadas ese día parecían tener su origen más en la ineptitud y las prisas de los organizadores, que en la mala fe que a cada momento era invocada por los partidos de oposición. Al menos así parecía ocurrir en un distrito urbano archivigilado como aquél, donde fraudes ancestrales como el robo de urnas, el ratón loco o las casillas zapato ya difícilmente podían ocurrir. Como a eso de las once las cosas finalmente se tranquilizaron; todo parecía marchar sin contratiempos. Claro: hasta que supimos que, en la

CFE, se había caído el sistema. Con excepción de ese famoso incidente, las cosas se desarrollaron sin mayor novedad. Para las diez de la noche comenzaron a llegar los primeros paquetes, cuyas cifras eran leídas por el secretario apenas eran entregadas al Comité. Todos escuchamos con asombro cómo una tras otra, en todas las casillas se repetía el mismo resultado: presidente y senadores para los cardenistas, diputados y asambleístas para el PAN, y el PRI ocupando un muy lejano tercer lugar en las cuatro elecciones. Para la medianoche estaba claro que, al menos en ese Distrito, el PRI había sido derrotado de manera arrolladora; su representante hacía rato que se había retirado de la sesión permanente. Los últimos resultados llegaron en plena madrugada, y a mí me tocó quedarme en el Comité hasta el amanecer, cuando finalmente llegó el enlace de la CFE a recoger, a mano, los resultados distritales que originalmente debían haber ingresado al conteo digital... de no ser porque las computadoras encargadas seguían "caídas". En el Comité sólo quedaba el Profesor. El enviado de Gobernación (que ya había recogido los resultados de casi todos los otros distritos de la ciudad) llegó con aire abrumado y se dejó caer en una de las sillas de la ahora vacía y silenciosa sala de sesiones.

—¿Cómo vamos? —preguntó el Profesor con tono fatalista que anticipaba la respuesta.

—Perdimos. Por lo menos el DF es un hecho que lo perdimos; y en el país... pues...

Y en la semipenumbra del día que apenas empezaba a clarear, los dos viejos priístas se quedaron rumiando en silencio la derrota, con incredulidad y luto compartidos.

Unos días más tarde se llevó a cabo el cómputo definitivo. En lo que daba inicio la sesión del Comité, programada para llevarse a cabo durante toda la noche y buena parte de la madrugada, yo y el amigo que me había llevado a ese trabajo decidimos prender la televisión. En el canal cinco estaban transmitiendo *2001: Odisea espacial*. La delirante fantasía futurista de Arthur C. Clarke y Stanley Kubrick sobre la computadora que comienza a cometer errores y, con tal de no ser desconectada, termina volviéndose loca; de pronto, en el caldeado ambiente postelectoral de 1988, cobraba un inesperado y preciso sentido político. Durante mucho tiempo me he preguntado si se trató de una mera casualidad, o si algún anónimo programador televisivo la incluyó de última hora a manera de comentario sarcástico sobre la extraña realidad que durante los últimos días nos había tocado vivir. ~